

**La Revolución Mexicana y el surgimiento del Estado  
de Baja California, 1910-1952**

**Lawrence Douglas Taylor Hansen**

Hasta la fecha, la gran mayoría de los estudios que se han realizado sobre la campaña militar llevada a cabo en Baja California durante el período comprendido entre el 29 de enero y el 22 de junio de 1911 por parte de grupos de insurrectos dirigidos por Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, han visto este intento de rebelión como uno de los episodios más curiosos y controvertidos del gran movimiento armado en México de 1910-1920 y de las relaciones entre este país y Estados Unidos, como de hecho fue, sin reconocer, empero, la importancia que tuvo para el desarrollo histórico de la región en su totalidad.

El presente trabajo tiene como propósito el de ubicar este evento dentro del contexto de la formación de un sentimiento de identidad nacional entre la población local a lo largo del período que se extiende desde mediados del siglo pasado, con la creación de la frontera entre los dos países, hasta la administración del presidente Cárdenas y la Segunda Guerra Mundial, época en que se logró establecer una mayor integración política y económica de la entidad con el resto de la república.

Al analizar algunas de las causas principales del fracaso eventual de las operaciones liberales en la península, así como la falta de apoyo hacia la revuelta, se argumenta que el sentimiento de nacionalismo mostró ser más fuerte que la filosofía internacional anarquista que los rebeldes magonistas intentaron propagar entre los habitantes de la región.

La amenaza del "Destino Manifiesto".

La junta directiva del Partido Liberal Mexicano, integrada por Ricardo Flores Magón como presidente, su hermano Enrique, Librado Rivera y Práxedes G. Guerrero, eligió a Baja California como blanco de ataque esencialmente por razones estratégicas; la región no sólo se quedaba distante y aislada del resto de la república, sino que una ausencia de carreteras, ferrocarriles y fuertes guarniciones de tropas debilitó la capacidad del gobierno federal para reprimir cualquier movimiento insurrecto. Una vez que cayera la península en sus manos, la junta planeaba utilizarla como base y campo de reclutamiento para continuar la guerra en el norte y oeste de México. La junta se trasladaría allí para dirigir las operaciones, y seguiría tras sus fuerzas victoriosas con el fin de conquistar el resto del país.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>. Regeneración, 20 de mayo de 1911; S. Kaplan y Enrique Flores Magón, Pelemos contra la injusticia, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1986, v. 2, pág. 59; Nicolás T. Bernal, Memorias, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1982, pág. 45.

En realizar sus planes, sin embargo, la junta no tomó en cuenta algunos factores que perjudicarían seriamente cualquier oportunidad para que tuviera éxito el triunfo de su causa en esta área.

Uno de estos elementos lo constituyó la formación de un sentimiento de identidad nacional entre la gente de la región a lo largo del siglo XIX frente al expansionismo estadounidense e intentos filibusteros provenientes de aquel país para apoderarse del territorio. Como el escritor francés Edgard Morin ha señalado:

En la historia...la *frontera* y el *enemigo* han desempeñado un papel considerable para la constitución de la identidad nacional. La frontera circunscribe la zona de integridad, de inviolabilidad. El "enemigo", por su parte, permite plantear el problema de la identidad nacional en términos fundamentales de vida o muerte, de existencia, de libertad.<sup>2</sup>

Aunque la península de Baja California no había sido incluida dentro de los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, Estados Unidos mostró interés en adquirirla en el transcurso de sus negociaciones para la compra de la Mesilla en 1853. No obstante, debido a las complicaciones potenciales que tal adquisición implicaría, se contentó por lo pronto con la compra de aquellas porciones de terreno que constituyen hoy en día los límites sureños de los estados de Nuevo México y Arizona.<sup>3</sup> A lo largo de la década de 1850, debido a la lejanía e inaccesibilidad del territorio relativo al centro de México, varios aventureros y filibusteros lanzaron una serie de ataques contra Baja California y el estado de Sonora, con la intención de apoderarse de las dos regiones y posteriormente incorporarlas a Estados Unidos. Entre estas invasiones, cabe destacar las dirigidas por Joseph Morehead el sur de Baja California en 1851, las de los franceses Charles de Pindray y Gastón Raousset de Boulbon contra Sonora en 1852 y 1854, las de William Walker en el norte de la península en 1853 y 1854, y la de Henry A. Crabb, quien penetró a Sonora con una pequeña fuerza armada en 1857. Sin excepción, los invasores fueron derrotados por los mexicanos y expulsados de estas regiones, y después de 1857, con la excepción de los intentos filibusteros infructuosos dirigidos por los estadounidenses J.K. Mulkey, B.A. Stephens, Augustus Merrill, Edward Hill, J.F. Janes y otros de 1888 a 1890, el peligro

---

<sup>2</sup>. Edgard Morin, "Para una teoría de la nación", págs. 6-7. (Traducción del ensayo "Pour une théorie de la nation", en la obra del mismo autor titulada Sociologie, París, Fayard, 1984, págs. 129-138).

<sup>3</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution: Baja California, 1911, Madison, Wisc., University of Wisconsin, 1962, págs. 21 y 23.

pareció haberse disipado.<sup>4</sup>

Durante el porfiriato la península, como el norte de México en general, se volvió económicamente cada vez más sujeta a la poderosa atracción gravitacional de Estados Unidos. Una demanda mundial por productos minerales y alimenticios, principalmente ganado, para satisfacer las necesidades de una población en aumento, junto con el establecimiento de una red ferroviaria en la región fronteriza, resultó en un auge económico en una gran parte de esta zona.<sup>5</sup> El ritmo de desarrollo, sin embargo, no fue parejo en toda la región; aunque hubo considerable crecimiento económico y demográfico en los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Sonora durante este período, en cambio, el territorio de Baja California permaneció estancado a causa de su terreno inhóspito, así como por la distancia y las barreras geográficas (particularmente el desierto de Altar en Sonora) que lo separaba del resto de la república. El carácter aislado y subdesarrollado de la región no despertó mucho interés entre los inversionistas mexicanos. En consecuencia, hacia finales de la década de 1880, el presidente Porfirio Díaz, como parte de su política de atraer a México las inversiones extranjeras con objeto de acelerar el desarrollo económico del país, permitió que los estadounidenses y otros extranjeros compraran terrenos y que tuvieran acceso a los recursos naturales de la península. El desarrollo rápido del suroeste de Estados Unidos durante este mismo período creó una demanda importante en la adquisición de materias primas mexicanas y mano de obra barata. La gente y los productos podían pasarse fácilmente a Estados Unidos por los cruces fronterizos de Calexico-Mexicali y Tijuana-San Diego; de hecho, durante este período los residentes de Baja California tenían más contacto con Estados Unidos que con su propio país.

Para principios del siglo XX, la penetración económica extranjera en la península había crecido notablemente.<sup>6</sup> La actividad económica estadounidense más vigorosa estaba concentrada en el Valle de Mexicali, donde la Colorado Development Company (Compañía para el Desarrollo del Colorado), establecida por el californiano Charles R. Rockwood, había hecho cultivables, por medio de un sistema de riego, las tierras circundantes del río

---

<sup>4</sup>. Charles Harvey Brown, Agents of Manifest Destiny: The Lives and Times of the Filibusters, Chapel Hill, N.C., University of North Carolina, 1980, págs. 147-218; Andrew F. Rolle, "Futile Filibustering in Baja California, 1888-1890", en Pacific Historical Review, v. 20, núm. 2 (mayo de 1951), págs. 160-166.

<sup>5</sup>. David Piñera Ramírez, comp., Visión histórica de la frontera norte de México, México, Universidad Autónoma de Baja California, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC, 1987, v. 2, págs. 429-430; Oscar J. Martínez, Troublesome Border, Tucson, University of Arizona, 1988, pág. 46.

<sup>6</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 24-25 y 34; John Mason Hart, "Albores y proceso de la Revolución Mexicana", en Historias: Revista de la Dirección de Estudios Históricos del I.N.A.H., núms. 8-9 (enero-junio de 1985), págs. 20-21; Oscar J. Martínez, op. cit., pág. 46.

Colorado. El terrateniente más importante de la región era el general Harrison Gray Otis, rico magnate californiano y editor del influyente periódico *Los Angeles Times*, quien había comprado 337,494 hectáreas de los mejores terrenos para formar la California-México Land and Cattle Company. Otros importantes terratenientes estadounidenses eran Harry Chandler, yerno de Otis, William Randolph Hearst, dueño del periódico *Los Angeles Examiner* y de grandes extensiones de tierra en Chihuahua y otras partes, y G.C. Cudahy, de la poderosa familia de empacadores de carne en Chicago. El ferrocarril Southern Pacific, controlado por E.H. Harriman, también era dueño de muchos terrenos en el valle.<sup>7</sup>

A lo largo de la costa del Pacífico, el principal terrateniente estadounidense era John D. Spreckels, quien controlaba el Ferrocarril San Diego-Arizona. Spreckels era dueño de los periódicos *San Diego Unión* y *San Diego Evening Tribune*, así como miembro de la poderosa familia de San Francisco del mismo apellido que había acumulado una fortuna en el refinamiento del azúcar. El presidente Díaz le había otorgado permiso para la construcción de una vía al oriente de Tijuana, con objeto de conectar San Diego y el norte de Baja California con Yuma y el este de Estados Unidos, así como proporcionar facilidades portuarias a los Valles Imperial y Mexicali.<sup>8</sup>

Una proporción sustancial de la economía del resto de la península estaba dominada por empresas europeas. Por ejemplo, la Mexican Land and Colonization Company (Compañía Mexicana de Tierra y Colonización), un consorcio inglés, tenía un gran número de propiedades a lo largo de la costa del Pacífico.<sup>9</sup> En Santa Rosalía, en la costa oriental del Distrito Sur de la península, la compañía minera "El Boleo", de propiedad francesa, explotaba los yacimientos cupríferos y auríferos de la región circundante.

En la costa occidental del Distrito Sur, la Compañía Exportadora Mangara Limitada, de Londres, Inglaterra, tenía un virtual monopolio sobre la explotación de perlas.<sup>10</sup>

<sup>7</sup>. Eugene Keith Chamberlin, "Mexican Colonization versus American Interests in Lower California", en Pacific Historical Review, v. 20, núm. 1 (febrero de 1951), págs. 44-45; Edna Aidé Grijalva Larrañaga, "Colonización del Valle de Mexicali, 1902", en Miguel Mathes, comp., Baja California: textos de su historia, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, S.E.P./ Programa Cultural de las Fronteras, Gobierno del Estado de Baja California, 1988, v. 2, págs. 234-240 y 247.

<sup>8</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., pág. 36; Jorge Ramírez López, "Establecimiento de Tecate", en Miguel Mathes, comp., op. cit., v. 2, págs. 225-226.

<sup>9</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 36-37.

<sup>10</sup>. Edna Aidé Grijalva Larrañaga, "Los primeros años de la compañía minera "El Boleo", 1885-1905", en Meyibó, v. 1, núm. 4 (diciembre de 1984), págs. 15, 26 y 29-30; Blas Lara Cázares, "Testimonio de la revolución en el norte", en Miguel Mathes, comp., op. cit., v. 2, págs. 332-333.

La amenaza a la soberanía mexicana sobre el territorio de Baja California no sólo fue de carácter económico. El gobierno de Estados Unidos veía a Baja California como una región muy estratégica en términos del contorno geopolítico del Pacífico. La bahía de Pinchilingüe, cerca de La Paz, sirvió como una estación carbonera para la flota del Pacífico estadounidense de 1861 a 1924. La de Magdalena, situada en el litoral occidental del Distrito Sur de la península, funcionó como una base de adiestramiento y maniobras para dicha flota de 1907 a 1910, cuando el presidente Díaz rehusó renovar su arrendamiento.<sup>11</sup>

A raíz de los atentados filibusteros del siglo pasado, las fuertes inversiones por parte de individuos y compañías extranjeras en la península, así como el deseo por parte del gobierno estadounidense de utilizar el territorio para sus propósitos militares, los habitantes de Sonora y Baja California todavía tenían miedo de una futura separación de estas áreas de México y su absorción a Estados Unidos. Su preocupación estaba bien fundamentada, especialmente en cuanto a Baja California, dado que la idea de anexar la península había echado raíces en la mente de muchos estadounidenses, sobre todo los que vivían en el suroeste cerca de la frontera. Esta gente creía que Baja California tenía poco valor para los mexicanos y que, en cambio, podía ser de gran beneficio para la futura grandeza y prosperidad de su propio país. Propuestas formales en torno a la adquisición de la península por parte del gobierno de Estados Unidos surgieron de vez en cuando hasta bien entrado este siglo.<sup>12</sup>

Era natural que, cuando los magonistas invadieron a Baja California a finales de enero de 1911, con fuerzas que llegaron a contar con un alto porcentaje de extranjeros, los habitantes locales lo tomarían como una repetición de los ataques filibusteros del pasado y, por ende, reaccionarían en contra de lo que ellos percibieron como una invasión y amenaza de afuera. Además, hay que señalar el alto grado de nacionalismo del período porfiriano<sup>13</sup> que también hizo que el pueblo bajacaliforniano

<sup>11</sup>. Eligio Moisés Coronado, "La carbonera de Pichilingüe, 1901", en Miguel Mathers, comp., op. cit., v. 2, págs. 180-193; Francis J. Manno y Richard Bednarcik, "El incidente de Bahía Magdalena", en Historia Mexicana, v. 19, núm. 3 (enero-marzo de 1970), pág. 365.

<sup>12</sup>. Véase la carta-abierta al pueblo y al gobierno de los Estados Unidos, de Esteban Cantú, el gobernador de Baja California, 2 de febrero de 1919, en Enrique Aldrete, Baja California heroica: episodios de la invasión filibustera-magonista de 1911 narrados por el Sr...., testigo presencial, México, Frumentum, 1958, págs. 389-394, y Eugene Keith Chamberlain, op. cit., págs. 46-49, referentes a las recomendaciones por parte de la International Water Commission, una dependencia del Departamento del Estado, y del senador Henry F. Ashurst, para la compra de la península durante el período de 1919-1930. Véase también la del senador Robert R. Reynolds de Carolina del Norte, con objeto de mejor proteger los intereses estratégicos estadounidenses en la zona después del ataque japonés contra Pearl Harbor, en "Pacific and Alaskan Defense", Congressional Record, 770. Congreso, 2da. sesión (1942), págs. 1624-1626.

<sup>13</sup>. Oscar J. Martínez, op. cit., pág. 47.

estuviese más consciente de su propia identidad nacional en este sentido.

### El problema de reclutamiento y la acusación de filibusterismo.

Otro factor que condujo al fracaso de la invasión magonista de Baja California radicó en el carácter poco poblado de la región. Los dirigentes de los grupos rebeldes, especialmente durante los primeros años de la lucha armada de 1910-1920, acostumbraban a reclutar a sus voluntarios de las áreas locales en donde se llevaban a cabo los combates. Los jefes militares liberales, sin embargo, una vez que empezara a desarrollarse la campaña en la península, no podían esperar que sus gavillas pudieran aumentarse en tamaño a través de este medio, dado que, para el período bajo estudio, había menos de 50,000 habitantes en toda la península, ochenta por ciento de los cuales estaban concentradas en la parte meridional del estado.<sup>14</sup> Asimismo, en la medida en que los rebeldes tomaron algunas poblaciones, la mayoría de sus habitantes se convirtieron en refugiados en Estados Unidos.<sup>15</sup>

Al momento de estallar los brotes de rebelión contra el gobierno de Díaz en toda la república, en noviembre de 1910, no existían indicios de que los habitantes de la península estuvieran dispuestos a levantarse en armas; si bien no disfrutaban condiciones de vida y trabajo óptimas, tampoco sufrían del grado de explotación y opresión que experimentaban los grupos laborales de las regiones centro y sur de México. Aunque varios indios cucopás de la región del delta del Río Colorado, a causa de la gran pobreza en que vivían y al trato duro que habían recibido de las autoridades porfiristas, se unieron a los insurrectos liberales, sirviendo principalmente como exploradores<sup>16</sup>, muy pocos bajacalifornianos se aliaron con la causa rebelde.<sup>17</sup>

---

<sup>14</sup>. Gabriel Ferrer de Mendiola, "La creación del estado de Baja California", en Memoria del Primer Congreso de Historia Regional, Mexicali, B.C., Gobierno del Estado de Baja California, Dirección General de Acción Cívica y Cultural, 1958, v. 2, págs. 761-762.

<sup>15</sup>. San Diego Union, 11-13 y 23 de mayo de 1911; Laurence B. Lee, "The Little Landers Colony of San Ysidro", en Journal of San Diego History, v. 21, núm. 1 (invierno de 1975), pág. 39; Richard Griswold del Castillo, "The Discredited Revolution: The Magonista Capture of Tijuana in 1911", en The Journal of San Diego History, v. 26, núm. 4 (otoño de 1980), págs. 260 y 263; Carlos Franco Pedroza, "Los sucesos de 1911", en Mexicali: una historia, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, v. 2, pág. 229.

<sup>16</sup>. Cabe notar que otros indios lucharon al lado de las fuerzas federales destacadas en la península. Roger C. Owen, "Participación indígena en la revolución del norte", en Miguel Mathes, comp., op. cit., v. 2, págs. 314-322.

<sup>17</sup>. Después de la captura de Mexicali a finales de enero de 1911, algunos

A lo largo de la campaña magonista en la península, las fuerzas rebeldes estaban integradas en su mayor parte por extranjeros, mexicanos residentes de Estados Unidos y mexicano-estadunidenses. Aunque éstos formaron un componente importante del grupo invasor, la población mexicana de Estados Unidos en general no mostró mucho entusiasmo por la revuelta liberal, a pesar del hecho de que para 1910 había más de 33,000 inmigrantes de origen mexicano en el sur de California. En parte, esta falta de apoyo se debió al bloqueo del pasaje de armas y hombres a través de la frontera entre México y California impuesto por los elementos del ejército estadounidense apostados a lo largo de la línea entre San Isidro y Yuma, Arizona, sobre todo durante las últimas etapas de la lucha en la península, pero una razón más significativa fue el hecho de que la gran mayoría de estos inmigrantes provenían de las regiones centrales de México y que es probable que pocos de ellos pensaban que valía la pena arriesgar su vida al intentar propagar la rebelión en una región tal alejada de su tierra natal.<sup>18</sup>

Una razón más de fondo por la poca receptividad que la causa magonista tuvo en la península se debió a la orientación radical de los principios revolucionarios de los dirigentes del movimiento. A principios de 1904, Ricardo Flores Magón, su hermano Enrique, y otros liberales, obligados a refugiarse en Estados Unidos para escapar de la persecución tenaz e intolerable por parte de las autoridades en su país natal, establecieron una junta revolucionaria en San Luis, Missouri, donde comenzaron una campaña propagandística y bélica contra el gobierno de Porfirio Díaz. Al mismo tiempo, publicaron un programa en que prometían implementar, una vez que se lograra la victoria, ciertas reformas socioeconómicas de carácter limitado, tales como una jornada laboral de ocho horas, un salario mínimo de un peso diario, mejoras en las condiciones de trabajo, la prohibición de que los extranjeros tuviesen propiedades, el empleo exclusivo de mexicanos en el trabajo con muy pocas excepciones, etcétera. Perseguidos por las autoridades estadounidenses, a petición del gobierno de Díaz, fueron obligados a cambiar con frecuencia su base de operaciones. Después de estar en San Luis un tiempo, huyeron a Toronto y Montreal; subsecuentemente se dirigieron a El Paso para dirigir una primera serie de revueltas contra el porfirismo (1906). Eventualmente, en la primavera de 1907, se estableció la junta en Los Angeles, donde se planeó otra serie de

---

hombres que habían sido detenidos en la cárcel del pueblo por su filiación liberal, junto con algunos residentes de aquella población y de la región circundante, se unieron a la fuerza ocupante magonista. Carlos Franco Pedroza, op. cit., págs. 211, 224 y 226.

<sup>18</sup>. La ejecución por los magonistas de varios voluntarios mexicanos de California bajo la acusación de ser espías tampoco sirvió para estimular el espíritu de rebelión entre este grupo. Richard Griswold del Castillo, op. cit., págs. 263-265.

levantamientos para el siguiente año (1908).<sup>19</sup> De 1905 a 1910, a raíz de sus lecturas previas de las obras de destacados pensadores socialistas y anarquistas como Karl Marx, Friedrich Engels, Pierre-Joseph Proudhon, Mikhail Bakunin, Pyotr Kropotkin, Claude Saint-Simon, Errico Malatesta, Juan Grave, Maksim Gorki y otros, así como su contacto y discusión con radicales europeos exiliados en Estados Unidos durante su estancia en San Luis, sobre todo con los anarquistas Emma Goldman, de origen ruso, y Florencio Bazona, de procedencia española, la filosofía reformista de los hermanos Flores Magón y sus seguidores más fieles, como Librado Rivera, Práxedes G. Guerrero y Antonio de Pío Araujo, adquirió tintes netamente anarquistas.<sup>20</sup>

La progresiva radicalización del pensamiento magonista alcanzó su nivel de plena madurez durante el período que va desde los albores de la revolución de 1910 hasta el verano tardío y el otoño de 1911. A través de su periódico *Regeneración*, la junta liberal acusó al capital extranjero de ser el mayor explotador del pueblo así como el principal sostén de la tiranía. Agregó que el capitalismo en general era responsable del odio entre las naciones y perjudicaba seriamente el desarrollo de la fraternidad universal. Al señalar que la riqueza debería pertenecer a quienes la producen, inducía a que todos los mexicanos, inclusive las mujeres, tomaran las armas contra sus opresores.<sup>21</sup> El 19 de noviembre de 1910, en vísperas de la rebelión programada por Francisco I. Madero y sus seguidores, el periódico abandonó el lema de "Reforma, libertad y justicia", reemplazándolo con la expresión anarquista "¡Tierra y libertad!", que había sido empleado por los *narodniks* rusos en las décadas de 1860 y 1870, y que los zapatistas harían famosa posteriormente. Al adoptar este nuevo lema, Flores Magón hizo saber que rechazaba cualquier clase de autoridad y propiedad. Declaró la superioridad de la soberanía popular sobre los funcionarios y las instituciones y, dado que en México la tierra era la forma básica de la riqueza, a principios de enero de 1911, se emitieron instrucciones generales que propugnaban la expropiación directa de la tierra por parte del pueblo, para que fuera repartida sin demora y de manera

---

<sup>19</sup>. Programa liberal de 1906, en Manuel González Ramírez, ed., Planes políticos y otros documentos, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, págs. 3-29; William Dirk Raat, Revoltosos: Mexico's Rebels in the United States, 1903-1923, College Station, Tex., Texas A. & M. University, 1981, págs. 20-21.

<sup>20</sup>. Diego Abad de Santillán, Ricardo Flores Magón: el apóstol de la revolución social mexicana, México, Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón", 1925, págs. ix-x (prólogo escrito por Librado Rivera), 7-8, 10, 25-26 y 36; Ethel Duffy Turner, Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, México, Partido Revolucionario Institucional, 1984, págs. 21-44.

<sup>21</sup>. "A los proletarios" y "A la mujer", Regeneración, 3 y 24 de septiembre de 1910, reproducidos en Armando Bartra, ed., Regeneración, 1900-1918, México, Ediciones Era, 1982, págs. 230-233 y 235-237.

equitativa.<sup>22</sup>

El 23 de septiembre de 1911, se publicó un manifiesto que abogaba por la destrucción total del capital, del gobierno y de la Iglesia.<sup>23</sup> Como se expresaba en este manifiesto, la ideología magonista reflejaba aspectos de las teorías políticas desarrolladas por los pensadores anarquistas Bakunin y Kropotkin, especialmente este último. Al igual que estos hombres, Flores Magón creía fuertemente en la libertad como elemento clave que debería gobernar las relaciones entre hombres y no la autoridad del Estado, de la Iglesia, del ejército, etcétera. Argumentaba que la cooperación, y no la competencia, constituía la relación básica que ligaba a los individuos con la sociedad. Dado que los obreros en grupo constituían la unidad básica de la organización social, era fundamental colectivizar toda la propiedad, menos la que fuera necesaria para el uso personal. Así era fundamental que la sociedad estuviera dividida en pequeñas comunidades colectivas organizadas por sí mismas para que los hombres pudieran vivir en un estado de paz y libertad. De acuerdo con los principios del anarcocomunismo desarrollados por Kropotkin y adoptados por Flores Magón a través de sus discursos y escritos publicados en *Regeneración*, la propiedad privada y los ingresos desiguales que imperaban bajo el sistema capitalista, deberían ser sustituidos por la distribución gratis de bienes y servicios, es decir, cada obrero tomaría de la bodega o almacén común la cantidad de alimentos y bienes que considerara necesaria para él y su familia, irrespectivamente de su contribución al trabajo.<sup>24</sup>

Es posible que la filosofía anarcocomunista de los magonistas haya sido demasiado idealista y sofisticada en términos de su contenido intelectual para la gran mayoría de mexicanos que vivían en la región fronteriza.<sup>25</sup> En 1906, el año en que la junta del PLM publicó su primer programa de reformas económicas y sociales y en que ocurrió la sangrienta huelga minera en Cananea, Sonora, existían muchos adeptos de los magonistas entre la población mexicana de esta área, particularmente en las minas y plantas de fundición. No obstante,

<sup>22</sup>. Extracto de *Regeneración*, 26 de noviembre de 1910, reproducido en Diego Abad de Santillán, *op. cit.*, pág. 67; Juan Gómez-Quiñones, *Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón*, México, Ediciones Era, 1977, pág. 59.

<sup>23</sup>. Manifiesto del Partido Liberal Mexicano, 23 de septiembre de 1911, en Manuel González Ramírez, ed., *Manifiestos políticos, 1892-1912*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, págs. 369-376.

<sup>24</sup>. G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957-1961, v. 2, págs. 208-212, 224, 316-318 y 328-329; George Woodcock, *Anarchism*, Harmondsworth, Great Britain, Penguin Books, 1963, págs. 110, 136, 143-159, 171, 175-181, 183, 185-194 y 196-202.

<sup>25</sup>. Richard Griswold del Castillo, *op. cit.*, pág. 263; Roselia Bonifaz de Hernández Araico, "Ensenada y la invasión anarco-magonista de 1911", en *Visión histórica de Ensenada*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1982, pág. 218.

el sindicato laboral Western Federation of Miners, que simpatizaba con los objetivos iniciales de los liberales mexicanos, quería alcanzar metas más inmediatas, como mejoras en los sueldos y condiciones laborales, más que una transformación radical de la sociedad y la distribución de la riqueza. Gradualmente, tanto este grupo laboral, como otros que originalmente habían simpatizado con los magonistas, por ejemplo, la American Federation of Labor, retiraron su apoyo y, como resultado, el PLM perdió una proporción sustancial de sus seguidores en los estados fronterizos. Incluso, varios de los antiguos adeptos liberales entre los mexicanos de esta zona, al estallar la revolución de 1910, eligieron colaborar con o incorporarse al movimiento antirreeleccionista.<sup>26</sup>

Los magonistas no pudieron retener la simpatía de esta gente, dada la incompatibilidad entre las ideas políticas liberales y las de Madero y sus seguidores. A partir de la promulgación del programa liberal de 1906 y en la medida en que la filosofía magonista se radicalizaba, se abrió una brecha entre los hermanos Flores Magón y su núcleo principal de adeptos, por un lado, y por otro, los liberales mexicanos más moderados, como Camilo Arriaga, Santiago R. de la Vega y, sobre todo, Francisco I. Madero.

La ruptura entre Flores Magón y Madero emanó de diferencias de origen social, así como de táctica e ideología. A diferencia de Madero, quien era de una familia muy acomodada, los hermanos Flores Magón y otros de los principales ideólogos y dirigentes magonistas provinieron de la pequeña burguesía e incluso de los estratos sociales semiproletarios. Flores Magón y sus seguidores, perseguidos hasta el exilio, fueron obligados a llevar a cabo una lucha clandestina, acompañada por una correspondiente radicalización de sus publicaciones en oposición directa contra el gobierno porfirista.<sup>27</sup> Estos hombres creyeron que era necesario efectuar cambios extensos y a fondo referentes a la estructura económica y social de México, con objeto de mejorar las condiciones de trabajo y vida de la gran masa de su población, es decir, los campesinos y trabajadores de todo tipo.

Mantuvieron que la humanidad avanza o progresa en términos de saltos sucesivos, que pudiesen ser violentos en caso necesario, y también empezaron a concebir la revolución que planearon efectuar como parte de un movimiento internacional dedicada a la

---

<sup>26</sup>. Ellen Howell Myers, "The Mexican Liberal Party, 1903-1910", tesis doctoral, s.l., University of Virginia, 1970, págs. 239 y 344; William Dirk Raat, op. cit., págs. 15, 30, 44-47, 59-61, 75, 77-78, 81, 90-91 y 119-121.

<sup>27</sup>. William Dirk Raat, op. cit., págs. 25 y 204-205; Santiago Portilla, "Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911", tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1982, págs. 337-338; James B. Cockcroft, Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, 1900-1913, México, Secretaría de Educación Pública/ Siglo Veintiuno Editores, 1985, págs. 69 y 149.

emancipación del proletariado en todo el mundo.<sup>28</sup>

Madero, en cambio, opinaba que los problemas de México eran fundamentalmente de carácter político. Al creer que México era capaz de transformarse gradualmente en un país democrático, prefirió trabajar dentro del sistema existente, como fue mostrado por su participación en las elecciones municipales y estatales coahuilenses a mediados de la década de 1900. Una vez que estuviesen resueltos los problemas políticos, con el tiempo se podía implementar algunos cambios limitados respecto a la reforma agraria y asuntos laborales.<sup>29</sup> Como hacendado y empresario, a Madero no le interesaba apoyar revoluciones violentas. Aunque criticaba los métodos de represión del régimen de Díaz, se opuso al emplazamiento de la huelga de Río Blanco en enero de 1907. Rehusó comprar armamento para ayudar a los liberales a lanzar sus revueltas. Cuando estos intentos de insurrección fracasaron, opinó que el pueblo mexicano no estaba dispuesto a levantarse en armas.<sup>30</sup>

En breve, los dos líderes representaron caminos revolucionarios muy distintos: uno que abogaba por la revolución violenta basada en objetivos esencialmente socioeconómicos, y otro que propugnaba por un cambio no violento con fines principalmente políticos. Además, el movimiento que Madero encabezaba se restringió a México y nunca formó parte de un plan revolucionario global, como en el caso de los magonistas.<sup>31</sup>

Para 1910, Madero se había convertido en el principal personaje del grupo de oposición política al régimen de Díaz en su carácter como líder del Partido Antirreeleccionista. Después de sufrir actos de represión por parte del gobierno porfirista en las elecciones a mediados de 1910, al igual que Flores Magón, se había convencido de la necesidad de una revolución violenta para efectuar cambios en México. El tipo de reformismo que Madero ideaba consistía en la institución de un sistema democrático, como objetivo inmediato después del derrocamiento del gobierno de Díaz, y, una vez consumida la victoria, implementar gradualmente las muy limitadas reformas económicas y sociales especificadas en el plan de San Luis.

Sin embargo, para estas fechas (1910-1911), los magonistas

---

<sup>28</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 12 y 14; James B. Cockcroft, op. cit., pág. 147.

<sup>29</sup>. Carta de Madero a Vidal Garza Pérez (sin fecha precisa, pero escrita a finales de 1905), reproducida en Diego Arenas Guzmán, El periodismo en la Revolución Mexicana, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1966-1967, v. 1, pág. 239; William Dirk Raat, op. cit., págs. 24 y 205-206; Santiago Portilla, op. cit., págs. 337-339; James B. Cockcroft, op. cit., págs. 69, 116-117, 147-149, 153 y 157.

<sup>30</sup>. Santiago Portilla, op. cit., pág. 339; James B. Cockcroft, op. cit., pág. 148.

<sup>31</sup>. James B. Cockcroft, op. cit., págs. 147, 149 y 157.

habían perdido la fe en el tipo de democracia en que Madero creía, es decir, un gobierno constitucional elegido por medio de una mayoría del sufragio. Influidos por el anarquismo, Flores Magón y los miembros más radicales del PLM concluyeron que las metas de los liberales ortodoxos expuestas en el programa de 1906 eran irrealizables mientras existieran las clases sociales, el poder del dinero y la competencia, ya que, según ellos, la democracia electoral tarde o temprano se convierte en una arma de los ricos que la utilizan contra todos los demás. Declararon que el pueblo mexicano tenía dos alternativas entre las cuales elegir: la vía política, predicada por Madero, o una profunda transformación social y económica. Consideraban la segunda opción la más adecuada, dado el estado de pobreza y hambre en que muchos de sus paisanos vivían. A pesar de estas diferencias, Madero opinaba que podía ganar la colaboración de los magonistas en la próxima lucha contra el régimen de Díaz, e intentó ponerse en contacto con ellos. El resultado de estos intentos fue una alianza de conveniencia entre los respectivos grupos armados que sólo duró unos meses después del comienzo de la revolución en noviembre de 1910.<sup>32</sup>

Dado que en Baja California durante este período los magonistas constituyeron los únicos focos rebeldes contra el gobierno de Díaz, a diferencia de otras áreas de México donde los liberales y los maderistas frecuentemente lucharon juntos como parte de la anteriormente dicha alianza de conveniencia, los habitantes de la península no pudieron confundir fácilmente a los magonistas con los movimientos de rebelión popular que ganaron fuerza a partir de enero de 1911. De hecho, el público mexicano en general ignoraba, o no le interesaba, el hecho de que grupos de magonistas combatían en otras regiones de México, especialmente al tomar en cuenta el grado limitado de sus operaciones. Por esta razón, aquellas personas que quizás se hubieran levantado en armas contra el régimen establecido si hubieran existido en el territorio algunos caudillos o gavillas de afiliación maderista, no lo hicieron y mucha gente rehusaba unirse o prestar apoyo a una causa con cuyo programa ideológico no podía comprender o identificarse.<sup>33</sup>

Cabe señalar que el carácter radical de la filosofía magonista también convirtió a los magonistas en enemigos de las autoridades gubernamentales estadounidenses. Estas desaprobaron los lazos de simpatía y apoyo entre el PLM y los grupos de

---

<sup>32</sup>. Antonio V. Lomelí, el cónsul mexicano en El Paso, Tex., al Secretario de Relaciones Exteriores en México, 25 de noviembre de 1910, en Isidro y Josefina E. de Fabela, eds., Documentos históricos de la Revolución Mexicana, México, Editorial Jus y Fondo de Cultura Económica, 1960-1973, v. 5, págs. 101-103; Juan Gómez-Quiñones, op. cit., págs. 59-60; Santiago Portilla, op. cit., págs. 342-343.

<sup>33</sup>. San Diego Sun, 9 de mayo de 1911; San Diego Union, 18 de mayo de 1911; Lowell L. Blaisdell, "Was It Revolution or Filibustering?", en Pacific Historical Review, v. 23, núm. 2 (mayo de 1954), pág. 155.

obreros radicales y de la izquierda en Estados Unidos y creyeron que, para proteger los intereses de una economía altamente capitalista, era necesario acabar con todo elemento de "radicalismo extranjero" que ayudara a fomentar la agitación laboral en su país. Durante el tiempo que duró la campaña militar en la península, en general no hubo colaboración de tipo político o económico entre los rebeldes liberales y el gobierno de Estados Unidos.

Al recordar la facilidad con la cual los agentes secretos mexicanos y estadounidenses habían conocido sus planes de antemano en el caso de las revueltas de 1906 y 1908, los dirigentes liberales, aconsejados por los abogados socialistas John Kenneth Turner y Ernest E. Kirk, tuvieron que ejercer gran cautela para que sus envíos de hombres y material de guerra a sus fuerzas al otro lado no fuesen detectados por los oficiales fronterizos estadounidenses.<sup>34</sup> El gobierno de Díaz protestó enérgicamente ante el Departamento de Estado en Washington contra supuestos casos de violación de la neutralidad; sin embargo, las autoridades gubernamentales de Estados Unidos, como en el caso del movimiento insurreccional en México en general, no prestaron mucha atención a estas demandas al considerar que no existía suficiente evidencia para comprobar la mayoría de las denuncias. Aunque a partir del 12 de febrero de 1911, el ejército estadounidense prohibió la compra en Estados Unidos por parte de los rebeldes de ciertos abastos como alimentos, ropa, etcétera, sólo había algunas tropas bajo el mando del capitán Conrad A. Babcock disponibles para patrullar la línea divisoria, y éstas concentraron sus esfuerzos en las cercanías de Calexico, California. Además, varios de los oficiales militares y agentes de aduana y de inmigración actuaban en colusión con los contrabandistas; no obstante, cabe señalar que esto no fue peculiar a la región de California, sino más bien común a lo largo de la frontera entre los dos países.<sup>35</sup>

<sup>34</sup>. Mario Gill, "Turner, Flores Magón y los filibusteros", en Historia Mexicana, v. 5, núm. 4 (abril-junio de 1956), pág. 654; Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 45, 47 y 53; William Dirk Raat, op. cit., pág. 54.

<sup>35</sup>. George H. McManus, mayor del Cuerpo de la Artillería Costera estadounidense, Fort Rosecrans, Calif., a J. Díaz Prieto, el cónsul mexicano en San Diego, 3 de febrero de 1911; Recorte del San Francisco Chronicle, 15 de febrero de 1911; Enrique de la Sierra al Secretario de Relaciones Exteriores en México, 22 de febrero de 1911 y 11 de marzo de 1911, en Archivo Histórico "Genaro Estrada", Secretaría de Relaciones Exteriores, México, D.F., Ramo Revolución Mexicana, legajo núm. L-E-630, exp. 2, h. 57; L-E-635, exp. 2, h. 52; L-E-862, exp. 4, h. 160 (de aquí en adelante citado como AHGE/RM, seguido del número de legajo, expediente --si hay-- y de la foliación del documento en cuestión); e Isidro y Josefina E. de Fabela, eds., Documentos históricos, op. cit., v. 10, pág. 152; George B. Schmucker, el cónsul estadounidense en Ensenada, al Departamento de Estado, 23 de mayo de 1911, en U.S. Department of State. Record Group 59, file 812.00. Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929. (Microcopy 274), National Archives and Records Service, Washington, D.C., Documento núm. 1919 (de aquí en adelante citado como NA/RG 59, seguido del número de registro decimal y del documento).

Durante las últimas etapas de la campaña liberal en la península, es decir, a finales de mayo y en el mes de junio de 1911, las autoridades estadounidenses empezaron a cooperar seriamente con sus contrapartes mexicanas respecto a la persecución de los liberales como parte de una política de favorecer a Madero, a quien vieron como la alternativa a una revolución radical en México. Por ende, aumentaron las patrullas fronterizas, y, durante la primera mitad de junio, se otorgó permiso al gobierno maderista para transportar a una fuerza expedicionaria consistente en aproximadamente 1,500 veteranos del viejo ejército federal bajo las órdenes del general Manuel Gordillo Escudero por ferrocarril desde El Paso a Calexico, California, cuyo objetivo era aplastar a los grupos armados magonistas que guarniciaban los pueblos de Mexicali y Tijuana.<sup>36</sup>

Sea como fuese, el gobierno porfirista se aprovechó del hecho de que los rebeldes liberales utilizaban a Estados Unidos como base para sus actividades, así como la agregación de extranjeros a sus fuerzas, para emprender una campaña propagandística en contra de los magonistas y cuyo propósito central consistía en tacharles como "filibusteros". Aunque durante las primeras semanas después del inicio de la campaña se referían en general a los liberales como "revoltosos", "sediciosos", "rebeldes" "revolucionarios" o simples "trastornadores del orden", la presencia de un número creciente de extranjeros en las filas de los magonistas resultó en que los comandantes federales locales en sus informes al gobierno comenzaron a utilizar el término "filibusteros" para referirse a los insurrectos. Esta peculiar designación también fue adoptada por los periodistas y el personal consular de ambos países al redactar sus versiones de lo que ocurría en la península.<sup>37</sup> El

<sup>36</sup>. Comunicaciones referentes a la expedición de Gordillo Escudero, en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, D.F., Ramo: Historia, 481.5, exp. 67, hs. 6-10, 12-15, 27-46, 77-83, 86-87, 99, 108, 111-117, 121, 124-126, 133, 135, 138-140, 142-145, 155, 158-165, 168, 308-309, y exp. 268, hs. 726 y 1240-1258; Correspondencia intercambiada entre el Secretario de Estado estadounidense Philander C. Knox, la embajada mexicana en Washington, D.C., y la Secretaría de Relaciones Exteriores en México, 7, 9, 14 y 18 de junio de 1911; Recorte del San Francisco Call, 11 de junio de 1911, en AHGE/RM, L-E-676, exp. 1, hs. 13, 17 y 31; exp. 2, hs. 1, 13 y 22; y L-E-665, h. 54; General J.W. Duncan, el comandante militar de Texas, al procurador general en Washington, D.C., 18 de junio de 1911, en NA/RG 59, f812.00/2151.

<sup>37</sup>. Telegramas intercambiados entre oficiales del ejército federal de la Primera Zona Militar (que abarcaba el noroeste del país) y la Secretaría de Guerra y Marina en la ciudad de México, en Pablo L. Martínez, ed., El magonismo en Baja California (documentos), México, Editorial "Baja California", 1958, págs. 7-16; Enrique de la Sierra, el cónsul mexicano en Calexico, Calif., al Secretario de Relaciones Exteriores en México, 28 de febrero de 1911, en Isidro y Josefina E. de Fabela, eds., Documentos históricos, op. cit., v. 10, págs. 213-214; George B. Schmucker, el cónsul estadounidense en Ensenada, al Secretario de Estado en Washington, D.C., 24, 27 y 29 de abril, 1 y 7 de mayo de 1911, en NA/RG 59, 812.00/1508, 1534, 1538, 1626 y 1684. Algunos periódicos californianos, como el Los Angeles Examiner, el Los Angeles Herald y el San Diego Union, habían acusado a los rebeldes de ser "filibusteros" casi desde el principio de la campaña. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 58-60.

presidente Díaz dio un tipo de sanción oficial a la expresión, al incorporarla a su mensaje presidencial del primero de abril de 1911 frente al Congreso de la Unión:

En Baja California se ha efectuado un movimiento de otro carácter causado por bandas comunistas, en la que figuran muchos filibusteros americanos con el fantástico proyecto de formar una república socialista.

Tan nefasto propósito no podía menos que provocar la más grande indignación del país. Estoy seguro de que, en caso necesario, el pueblo mexicano, siempre patriota y celoso de su autonomía, acudirá a la defensa del territorio nacional.<sup>38</sup>

La gran cantidad de publicidad proporcionada por estas fuentes en torno a la campaña en la península creó la impresión de que un proyecto "filibustero", disfrazado como intento revolucionario, amenazaba la integridad territorial de la república mexicana. Los periódicos locales en California y México, incluso *Regeneración*, hicieron que los mexicanos se enteraran de que los capitalistas estadounidenses tenían grandes inversiones en Baja California, especialmente en las regiones de Mexicali y el delta del Río Colorado. El gobierno de Díaz --y posteriormente, el de Madero-- aseveraba que la campaña magonista era financiada por la California-Mexican Land and Cattle Company y otras empresas estadounidenses, a pesar de que Harry Chandler gastó miles de dólares para defender sus propiedades en Baja California contra los insurrectos y que el ejército federal, es decir, el 8vo. Batallón enviado a la península a principios de marzo de 1911, también prestó apoyo en este sentido.<sup>39</sup>

Curiosamente, los dirigentes magonistas hicieron poco para desmentir la propaganda porfirista. Además, algunas de las declaraciones de sus jefes militares agregaron a la confusión sobre los verdaderos propósitos revolucionarios de la junta. Por ejemplo, a finales de febrero de 1911, José María Leyva y Simón Berthold, los líderes de la fuerza liberal que ocupaba la región de Mexicali, anunciaron a los reporteros que el programa de su partido contemplaba la creación de una "mancomunidad cooperativa", expresión empleada frecuentemente por pensadores radicales de la época y que se refería a un tipo de sociedad utópica. Debido a que estos jefes no aclararon que el propósito verdadero era establecer este tipo de sistema social en todo el país, muchas personas pensaban que se referían específicamente a

---

<sup>38</sup>. Mensaje del presidente Porfirio Díaz frente al Congreso de la Unión mexicano, 1 de abr de 1911, en U.S. Department of State. Foreign Relations of the United States, 1911, Washington, D.C., Government Printing Office, 1912, pág. 445.

<sup>39</sup>. Richard Griswold del Castillo, op. cit., pág. 265.

Baja California.<sup>40</sup>

Agregado a estos errores de táctica, ciertas características de la campaña insurrecta en la península hicieron que la gente local creyera que posiblemente las acusaciones de filibusterismo por parte de las autoridades federales tuvieran algo de verdad. La más importante de éstas fue la notable presencia de extranjeros en las filas rebeldes. Tanto las autoridades porfiristas como la prensa mexicana y estadounidense dieron sustancial publicidad al hecho de que en las semanas posteriores del combate inicial de la campaña, la toma de Mexicali por los liberales el 29 de enero de 1911, varios extranjeros se unieron a las fuerzas invasoras.<sup>41</sup> Aunque en general durante los primeros dos meses de la campaña peninsular, la mayoría de los combatientes rebeldes eran mexicanos, a partir de la última semana de abril de 1911 aproximadamente, los extranjeros excedieron a aquéllos en número. La proporción de extranjeros con relación a mexicanos se incrementó después de la toma de Tijuana, pero disminuyó durante la última mitad de mayo y todo el mes de junio debido a deserciones entre aquéllos a consecuencia de la inactividad prolongada que ocurrió tras esta batalla.<sup>42</sup>

La participación de extranjeros en las campañas revolucionarias de los liberales en México fue lógica dado que la filosofía anarquista de los rebeldes rechazaba el nacionalismo burgués y la legitimidad de las fronteras internacionales. Todos los que querían hacer causa común para derrumbar la tiranía del capitalismo sobre el proletariado, independientemente de su nacionalidad o raza, eran bienvenidos a unirse a los grupos de insurrectos liberales.<sup>43</sup>

Los bajacalifornianos no pudieron entender el razonamiento detrás de los argumentos proporcionados por Ricardo Flores Magón en permitir que extranjeros se enrolaran como voluntarios en el "ejército" liberal. Hubo una reacción natural de enojo y repugnancia entre algunos de los habitantes locales con respecto

---

<sup>40</sup>. Lowell L. Blaisdell, "Was it Revolution or Filibustering?", op. cit., págs. 155-160.

<sup>41</sup>. Comunicaciones del embajador mexicano en Washington, D.C., al Departamento de Estado, 3 y 6 de marzo de 1911, en U.S. Department of State, Foreign Relations of the United States, 1911, op. cit., págs. 412-414; S. Kaplan y Enrique Flores Magón, op. cit., v. 2, pág. 59; Pablo L. Martínez, Historia de Baja California, La Paz, B.C.S., Patronato del Estudiante Sudcaliforniano, A.C./Consejo Editorial del Gobierno del Estado de B.C.S., 1991, pág. 510.

<sup>42</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 110 y 226.

<sup>43</sup>. Regeneración, 3 de septiembre y 24 de diciembre de 1910; "La Baja California" y "A los patriotas", en Regeneración, 10 y 17 de junio de 1911, reproducidos en Ricardo Flores Magón, Artículos políticos, 1911, México, Ediciones Antorcha, 1980, págs. 108-111, y Armando Bartra, ed., op. cit., págs. 296-297.

a los integrantes extranjeros de las fuerzas liberales, a quienes percibieron esencialmente de una cultura diferente y con ideas ajenas a las suyas. Todavía quedaba viva en la memoria colectiva del pueblo peninsular y del noroeste de México en general los estragos provocados por las invasiones filibusteras del siglo pasado, todos las cuales habían sido, como la actual incursión al suelo mexicano, ataques procedentes del extranjero. Entre los soldados rebeldes vieron a muchas personas rubias, que para ellos significaba ser "gringos" o "norteamericanos", puesto que para los mexicanos en general, todo extranjero era estadounidense. No todos los combatientes liberales extranjeros tenían rasgos anglosajones o nórdicos; también había mezclados con ellos varios negros, muchos de los cuales eran obreros del IWW o ex-combatientes de las fuerzas armadas estadounidenses.<sup>44</sup> Por añadidura, en muchas ocasiones durante la duración de la campaña en la peninsular, los soldados liberales mexicanos y extranjeros no lucharon juntos. En el transcurso del tiempo, la mayoría de aquéllos llegaron a ser agrupados en una unidad denominada la "Primera División", mientras que el grueso de los últimos gradualmente formaron lo que la prensa llamaba la "Legión Extranjera", dirigida primero por el "general" Stanley Williams, miembro de la IWW, y, después de la muerte de éste en el segundo combate del Rancho Little (el 8 de abril de 1911) por el soldado de fortuna galés Caryl Ap Rhys Pryce.

Durante el siglo entre 1810 y 1910 en México, se sentaron las bases sobre las cuales, a partir de la lucha revolucionaria de 1910, se podría crear un sólido sentido de comunidad nacional.

Las luchas del pueblo mexicano contra España, Estados Unidos y Francia tuvieron como consecuencia el surgimiento entre los que combatían contra los colonialistas y agresores, de un sentido de comunidad más amplia de lo que habían conocido hasta entonces, y que fue fortalecido por la creación de un grupo de héroes nacionales a quienes pudieron contemplar con orgullo común. De la misma forma, la larga pugna de la Iglesia contra el poder secular estableció un precedente para posteriores contiendas con cualquier otra institución que pretendiera en el futuro reclamar para sí la lealtad fundamental de todos los mexicanos. En particular, las guerras con los estadounidenses, de 1835 a 1836 en Texas y de 1846 a 1848 en otras regiones del país, junto con las concesiones otorgadas por el gobierno de Díaz a los inversionistas extranjeros, no sólo pusieron de manifiesto para muchos mexicanos la necesidad de la unidad nacional, sino también despertaron entre ellos un sentimiento de xenofobia que serviría como elemento unificador para las diferentes facciones

---

<sup>44</sup>. Testimonio de Alfredo Monreal Romero, en Gabriel Trujillo Muñoz y Edgar Gómez Castellanos, comps., Mexicali: escenarios y personajes, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1987, pág. 57; Entrevista con Silvestre Machado Machado, realizada por Rigoberto Martín del Campo Marrón, 1981, en "Testimonios orales sobre los sucesos de 1911", Historia Oral--Baja California, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC, Tijuana, B.C. (de aquí en adelante citado como HOBC/UABC).

revolucionarias que surgieron en las décadas que siguieron al estallido de la revolución de 1910.

El desarrollo de los ferrocarriles y otras innovaciones en las comunicaciones durante el porfiriato contribuyeron a la superación de los obstáculos geográficos y brindaron al país toda una red de servicios que impulsaron e incrementaron el nacionalismo, especialmente a partir de 1910. La lucha armada de 1910-1920 ejerció un papel clave en la formación de una cultura e identidad nacional, puesto que las exigencias impuestas por la guerra estimularon la migración interna en una escala masiva, y el proceso revolucionario en sí mismo causó que la antigua estructura de clases experimentara graves sacudidas y cambios, aún cuando en algunos casos éstos hayan sido meramente transitorios. La gradual destrucción de las barreras sociales, políticas y económicas que separaban a unos ciudadanos de otros fomentó al mismo tiempo la expansión de lealtades individuales, proyectándolas más allá de los límites de la familia y la patria chica. El incremento en la difusión respecto al idioma español y el consecuente desarrollo del dialecto mexicano derribaron las tremendas barreras lingüísticas que todavía en 1910 representaban un gran obstáculo para la intercomunicación entre la gente. La aparición de una nueva literatura nacional de novelas, cuentos y poesía que surgió de los participantes en la lucha, así como de otras manifestaciones culturales (canciones, corridos, la pintura mural, una industria cinematografía, etcétera) también reflejaban y estimulaban el desarrollo de una conciencia nacional. A través de la ampliación de los medios educativos y de la comunicación, la literatura que nació con la revolución logró adquirir más difusión e influencia entre la población mexicana. La elevación en general del nivel cultural de los mexicanos, así como la recién adquirida noción de la función unificadora de la cultura, actuaron como estímulos decisivos en el proceso de inculcar entre ellos la comprensión de que constituían una nación en todos los sentidos de la palabra.<sup>45</sup>

El aspecto no mexicano de las fuerzas magonistas en Baja California fue acentuado por el hecho de que Ricardo Flores Magón eligió quedarse en territorio estadounidense durante el transcurso de la lucha y no tomó parte activa en las operaciones militares en la península. Aun cuando en teoría era el comandante en jefe de todos los grupos de combate liberales en México, mostró muy poca habilidad para desempeñar tal cargo. Cuando la ofensiva en Baja California empezó a desarrollarse, los focos guerrilleros y la junta dirigente se quedaron, en gran parte, separados por la frontera entre México y Estados Unidos. Flores Magón decidió no unirse a las partidas rebeldes en México debido a su miedo al encarcelamiento o muerte por los federales y maderistas y, en particular, su deseo como teórico político de continuar su labor periodística en Los Angeles, dirigiendo los movimientos

---

<sup>45</sup>. Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism*, Chapel Hill, N.C., University of North Carolina, 1968, págs. 389-391 y 394.

insurrectos desde allí y enviando material a sus hombres cuando pudiera.<sup>46</sup> El y la junta intervinieron muy poco en la conducta de la campaña en Baja California. Dejaron considerable autonomía a sus oficiales en la zona de combate, con una resultante fragmentación de autoridad. Esta autonomía, junto con la falta de oficiales mexicanos experimentados en la guerra y la práctica de elegir a los oficiales, condujo a una lucha de poder entre mexicanos y extranjeros en el transcurso de la campaña y que fue acompañada en ocasiones por actos de violencia. La fuerza invasora sufrió muchos cambios de jefatura durante los cinco breves meses de su existencia. Aunque nominalmente un mexicano siempre ocupó el puesto de jefe o comandante, la mayoría de oficiales de esta nacionalidad gradualmente fueron reemplazados por extranjeros, a tal grado que el inglés Pryce eventualmente pudo asumir el control verdadero de la fuerza expedicionaria.

A causa de la presencia de varios extranjeros en las filas rebeldes, muchos bajacalifornianos aceptaron como verídica la versión dada por las autoridades porfiristas, creyendo en la necesidad de acudir a las armas para defender el honor de la nación y expulsar a los "filibusteros" y "extranjeros" del territorio mexicano. Este hecho, junto con rumores de que elementos del ejército estadounidense habían ayudado a los magonistas en la toma del pueblo de Tijuana, generó un sentimiento de antiamericanismo, acompañado por actos ocasionales de violencia, entre los oficiales, funcionarios públicos y la población en general. Varios estadounidenses que vivían en Ensenada fueron arrestados como espías y otros fueron expulsados del pueblo.<sup>47</sup> Como otro ejemplo, cuatro ciudadanos extranjeros -- tres estadounidenses y un canadiense-- fueron ejecutados sumariamente el 11 de junio de 1911 por la columna federal encabezada por Lerdo González en el mineral de El Alamo, bajo la acusación de haber colaborado con los rebeldes.<sup>48</sup>

No obstante, el despertar del sentimiento nacional entre los habitantes locales no da la razón por sí sola de su decisión de cooperar con las autoridades gubernamentales en su lucha contra los insurrectos; también hay que entender que peleaban en defensa de sus propiedades y familias. Tal actitud, que explica por ejemplo la extremadamente tenaz resistencia por parte de los tijuaneños cuando los magonistas lanzaron su asalto contra este pueblo en mayo de 1911<sup>49</sup>, es bastante comprensible,

<sup>46</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 87, 95, 123, 156, 172, 184 y 186; Nicolás T. Bernal, op. cit., pág. 47.

<sup>47</sup>. San Diego Union, 18 de mayo y 4 de junio de 1911.

<sup>48</sup>. Lowell L. Blaisdell, "The Consul in a Crisis: Lower California, 1911", en Mid-America: An Historical Review, v. 37, núm. 3 (New Series), julio de 1955, págs. 138-139; Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 165-168.

<sup>49</sup>. San Diego Sun, 9 de mayo de 1911.

especialmente en vista del comportamiento tosco de los rebeldes durante su ocupación de ciertas áreas del Distrito Norte. Los principios magonistas sancionaron la confiscación de dinero y propiedad bajo la justificación de que los capitalistas lo habían expropiado o robado al pueblo; el botín recogido de esta manera, junto con las contribuciones en la forma de tributo que la junta impuso sobre los propietarios de la región de Mexicali, fue utilizado para abastecer a los soldados con alimentos, ropa y otro equipo.<sup>50</sup> Aunque los liberales les dejaron recibos por los bienes confiscados (el valor de los cuales presumiblemente sería respetado al triunfar la revolución), los habitantes de Mexicali y los rancheros que vivían en sus alrededores se quejaban con las autoridades federales en México de la confiscación por parte de los insurrectos de gallinas, puercos y ganado por parte de las fuerzas ocupantes.<sup>51</sup> Los daños económicos sufridos por esta gente constituyó una importante razón porque muchos de ellos se refugiaron en Mexicali donde permanecieron durante la ocupación magonista a la zona.<sup>52</sup> Durante los meses de lucha que siguieron la toma de Mexicali, otros poblados del Distrito Norte, entre ellos Tecate, El Alamo, San Vicente, San Telmo, San Quintín, El Rosario y Santo Tomás, experimentaron semejantes privaciones.<sup>53</sup> Particularmente grave fue el pillaje de las tiendas y residencias de Tijuana en los días que siguieron la conquista de este pueblo por los magonistas (9 de mayo de 1911), primero por parte de las fuerzas ocupantes y subsecuentemente por curiosos de San Diego que querían recorrer el campo de batalla, constituyó un insulto a

---

<sup>50</sup>. Evidencias entregadas al señor A.I. McCormick, procurador federal del Distrito Sur de California, para ser empleadas contra Ricardo Flores Magón, Enrique Flores Magón, Antonio Villarreal, Librado Rivera, Anselmo L. Figueroa y otros acusados de haber violado las leyes de neutralidad, firmadas por J.W. McKinley y W.S. Van Pelt, 16 de enero de 1911, en AHGE/RM, L-E-933, hs. 120-121; Peter B. Kyne, "The Gringo as Insurrecto", en Sunset Magazine, v. 27 (septiembre de 1911), págs. 260-261; Testimonios de Dudley W. Robinson y A.I. McCormick, en Revolutions in Mexico: Hearing Before a Subcommittee of the Committee on Foreign Relations, United States Senate, 62nd. Congress, 2nd. Session, Washington, D.C., Government Printing Office, 1913, págs. 229-230.

<sup>51</sup>. Testimonio de Alfredo Monreal Romero, op. cit., pág. 57; Enrique de la Sierra, el cónsul mexicano en Calexico, Calif., al Secretario de Relaciones Exteriores en México, 22 de febrero de 1911, en Isidro y Josefina E. de Fabela, eds., Documentos históricos, op. cit., v. 10, págs. 152-160; Los Angeles Herald, 27 de septiembre de 1911.

<sup>52</sup>. Carta de Francisco Vásquez Salinas a Ricardo Flores Magón, 22 de abril de 1911, reproducida en Salvador Hernández Padilla, El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922, México, Ediciones Era, 1984, pág. 151; Acuerdos adoptados el 19 de junio de 1911 por los pobladores de Mexicali miembros del Club Patria, en Pablo L. Martínez, ed., El magonismo en Baja California (documentos); op cit., págs. 55-56; Carlos Franco Pedroza, op. cit., págs. 225-226.

<sup>53</sup>. San Diego Union, 13 de marzo de 1911; Paul Sanford, Where the Old West Never Died, San Antonio, Tex., The Naylor Company, 1968, págs. 54-75; Margaret Brown Baldwin, "Memories of Early Days in Baja California", en Journal of San Diego History, v. 22, núm. 4 (otoño de 1976), págs. 26-37.

los nacionalistas mexicanos y no ayudó a persuadir a que los tijuaneños, muchos de los cuales buscaron refugio al otro lado de la línea, se unieran a la causa rebelde.<sup>54</sup>

Otros incidentes que ocurrieron en el transcurso de la campaña también crearon sospechas entre la gente local y los mexicanos al lado estadounidense de la frontera respecto a las intenciones verdaderas de los insurrectos.

Después de la captura magonista de Tijuana, el *San Diego Union* reportó que tanto la bandera estadounidense como la de los insurrectos, de color rojo con las palabras "Tierra y Libertad", ondeaban sobre el pueblo y que únicamente en un sólo lugar, el cuartel general de Pryce, la insignia rebelde izaba a una altura más elevada que la estadounidense. En realidad, las personas responsables por haber levantado las banderas estadounidenses eran ciudadanos de aquella nacionalidad quienes de esta manera intentaban proporcionar algún tipo de inmunidad diplomática para la protección de sus propiedades, pero, según el reportero del *San Diego Union*, uno de los rebeldes había comentado sobre el asunto: "¿Es una lástima verlas así, verdad? Apuesto que no pasarán más de tres meses antes de que las estrellas y las barras ondean ahí solas --y también sobre toda la Baja California." Cuando el periodista preguntó a Pryce su opinión, éste supuestamente había declarado: "Parece bien a mí".<sup>55</sup> Otras de las declaraciones y acciones de este jefe durante la campaña, además del previamente mencionado incidente relacionado con las banderas, provocaron especulación entre el público en cuanto a sus verdaderos motivos en la lucha. Aunque se había unido a la revolución en parte debido a sus lecturas de *México Bárbaro*, de John Kenneth Turner, y otras noticias sobre la explotación del proletariado mexicana<sup>56</sup>, durante un breve tiempo después de la toma de Tijuana Pryce había sido atraído por la idea de establecer una república independiente en Baja California. Poco después, sin embargo, abandonó la noción, adhiriéndose a sus ideas originales sobre la necesidad de liberar a los "peones" mexicanos de la dictadura porfirista. Su desertión de la causa liberal a principios de junio de 1911 condujo a sospechas adicionales referentes a su posible conexión

---

<sup>54</sup>. San Diego Union, 10 y 12 de mayo 1911; San Diego Sun, 10 de mayo de 1911; Paul T. Mizony, "The Battle of Tijuana, Mexico, 1911" (mecanuscrito, con documentos anexos). California Room. San Diego Public Library; Entrevista con Andrés Ramos Castillo, realizada por Raúl Rodríguez González, 1977, en HOBC/UABC, núm. 36; Margaret L. Holbrook Smith, "The Capture of Tijuana", en Oscar J. Martínez, ed., Fragments of the Mexican Revolution: Personal Accounts from the Border, Albuquerque, N.M., University of New México, 1983, págs. 100-101.

<sup>55</sup>. San Diego Union, 14 de mayo de 1911; Rómulo Velasco Ceballos, ¿Se apoderará Estados Unidos de Baja California?, México, Imprenta Nacional, 1920, pág. 138; Pablo L. Martínez, Historia de Baja California, op. cit., pág. 510.

<sup>56</sup>. San Diego Sun, 9 de mayo de 1911; Los Angeles Express, 5 de junio y 26 de septiembre de 1911; San Diego Union, 27 de septiembre de 1911.

con un movimiento filibustero en la península.<sup>57</sup> Además, en una entrevista que dio a la prensa el 5 de junio de 1911, anunció su intención de crear una república en la península y de regresarse.

Eventualmente, sin embargo, entendió que tal propósito ya no era factible y escribió a sus hombres, aconsejándoles a desbandarse.<sup>58</sup>

Jack Mosby, su sucesor como jefe de la "Segunda División" y quien también era soldado de fortuna, había mostrado un semejante comportamiento ambiguo durante la campaña. Antes de la marcha contra Tijuana en mayo de 1911, cuando era jefe de una banda rebelde que operaba en la región del mineral de El Alamo y sus cercanías, había ofrecido al rancharo estadounidense Newton House el puesto de gobernador de Baja California, pero éste había rechazado la oferta.<sup>59</sup> Sin embargo, después de ser electo como jefe de la "Segunda División" en sustitución de Pryce, Mosby optó por sostener los principios magonistas, declarando a unos representantes de la prensa poco después que:

Esta lucha no es con el fin de favorecer a los intereses de...los capitalistas estadounidenses, sino únicamente en pro de los intereses y de los derechos de la clase trabajadora...<sup>60</sup>

Antes de la elección de Mosby como comandante de la "Segunda División", ocurrió el pretendido "complot" filibustero de Dick Ferris, que representó el punto culminante de la campaña propagandística contra los rebeldes. Durante la primera semana de febrero de 1911, Ferris, ex-actor y promotor comercial contratado por la ciudad de San Diego para promover la futura exposición Panamá-California en honor de la terminación de la construcción del canal de Panamá, había propuesto al presidente Díaz, como parte de una maniobra publicitaria para este evento, la compra de la península con el supuesto apoyo de algunos ricos socios financieros, nombrándola la "República de Díaz" y con la intención eventual de que sería anexada a Estados Unidos. En caso

---

<sup>57</sup>. San Diego Union, 13 de junio de 1911; Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 142-144; Rafael Carrillo Azpéitia, Ricardo Flores Magón: esbozo biográfico, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1976, págs. 50-51.

<sup>58</sup>. Recortes de The Morning Sun, Yuma, Ariz., 18 de mayo de 1911, y del San Francisco Chronicle, 6 junio de 1911, en AHGE/RM, L-E-656, exp. 1, h. 127, y L-E-665, h. 42; Peter B. Kyne, op. cit., págs. 266-267.

<sup>59</sup>. George B. Schmucker, el cónsul estadounidense en Ensenada, al Secretario de Estado en Washington, D.C., 24 de abril de 1911, en NA/RG 59, f812.00/1626.

<sup>60</sup>. Declaración de J.B. Mosby a los reporteros del San Diego Union, 3 de junio de 1911, reproducida en Jesús González Monroy, Ricardo Flores Magón y su actitud en la Baja California, México, Editorial Academia Literaria, 1962, pág. 117.

de que la oferta fuera rechazada, amenazó enviar una expedición armada a la región con el propósito de tomarla por la fuerza. Díaz no cedió frente a esta amenaza, que en todo caso nunca materializó<sup>61</sup>; no obstante, a partir de mediados de mayo de 1911, Ferris hizo varias visitas a Tijuana, y después de haber hecho amistad con Pryce y otros soldados de su división, de nuevo propuso la compra de la península, esta vez al gobierno de Madero y que igualmente fracasó. A principios de junio, durante la ausencia de Pryce de Tijuana, el capitán Louis James, un miembro particularmente irresponsable del estado mayor del inglés, persuadió a que algunos hombres de la "Segunda División" eligieran a Ferris como presidente de la nueva república, pero éste, temeroso de una posible violación de las leyes de neutralidad como consecuencia de sus acciones, y al pensar que los acontecimientos en Baja California habían ido demasiado lejos para satisfacer las necesidades de su esquema publicitario original, rechazó el nombramiento. En el ínterin, la junta, al querer restablecer su control sobre las fuerzas acampadas en Tijuana, habían enviado una comisión para convocar a una elección con objeto de escoger a un nuevo jefe, que, como ya se indicó, terminó en la elección de Mosby. Al mismo tiempo, la junta públicamente declaró que no tenía ninguna conexión con Ferris. Sea como fuere, ya se había hecho daño irreparable a la imagen magonista, dado que los mexicanos, a diferencia de muchos estadounidenses que vieron al promotor como un payaso, tomaron el asunto seriamente y interpretaron el episodio como evidencia conclusiva de que el PLM estaba involucrado en un proyecto filibustero.<sup>62</sup> El sentimiento de indignación que muchos mexicanos sintieron en torno a los asuntos anteriormente mencionados se reflejaba en la siguiente carta abierta publicada en la prensa por un tal señor Luis G. Lara el 12 de mayo de 1911 y que fue dirigida a Ricardo Flores Magón:

Está Ud. fomentando una revolución que no beneficia a ninguna clase social de mi país...Está Ud. dando participación a los americanos en el asunto, sin recordar que todos los individuos de esa raza sienten por nosotros un gran desprecio; nos llaman "cholos", *greasers, dirty Mexicans*, etc...Me dicen que Ud. no es más que un instrumento de los yanquis para usurpar a

---

<sup>61</sup>. Recortes del San Francisco Chronicle, 9 de febrero de 1911; San Francisco Call, 9 de febrero y 10 de junio de 1911; San Francisco Chronicle, 14 y 16 de febrero de 1911; New York Times, 14 de febrero de 1911; y New York Herald, 14 de febrero de 1911, en AHGE/RM, L-E-634, hs. 56-57 y 89, L-E-636, exp. 1, h. 52, L-E-638, exp. 1, h. 54, y L-E-665, h. 51; Testimonio de Dick Ferris, en Revolutions in Mexico, op. cit., pág. 374.

<sup>62</sup>. Regeneración, 10 de junio y 1.º de julio de 1911; José C. Valadés, Apuntes sobre la expedición de Baja California, México, Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos, 1956, pág. 14; Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 60-64, 125-129, 131-133 y 147-151.

México la península de la Baja California, y no lo quiero creer. Pero ¿acaso no sabe Ud. hasta qué punto compromete a mi patria con esos filibusteros que manda a matar pobres "cholos" que obedecen a sus jefes?

Debo advertir a Ud. que no pertenezco a ningún partido político; soy mexicano, simplemente, un "cholo" infeliz, pero tengo el patriotismo suficiente para comprender que Ud. hace mal y que debe volver por la razón y dejarse de creer en socialismos y pendejadas que a nada conducen y que le tienen trastornado el seso.<sup>63</sup>

Por último, es probable que la negativa de Flores Magón de aceptar la oferta de Madero de formar causa común con los antirreeleccionistas en formar un nuevo gobierno después del triunfo militar de éstos en las demás regiones de la república<sup>64</sup> también haya incrementado las sospechas, tanto por parte de los estadounidenses como de los mexicanos, en torno a los motivos de los invasores. Aunque la acción del dirigente liberal se debió a que no estaba dispuesto a abandonar sus ideales revolucionarios y que consideraba a Madero como un oportunista y defensor de los intereses de la clase capitalista<sup>65</sup>, al considerar, como el "general" Pryce le había señalado, las realidades de la situación militar en el país, la opción más práctica que les quedaba a los insurrectos en este momento era deponer las armas.<sup>66</sup> Desde el punto de vista de los mexicanos, el triunfo de Madero representaba una reivindicación de sus aspiraciones nacionales, y, al continuar siendo enemigos del gobierno establecido, los magonistas de esta manera también se convirtieron en adversarios del mismo pueblo.

#### Repercusiones de la revuelta sobre la política nacional de integración territorial.

---

<sup>63</sup>. Reproducida en Mario Gill, op. cit., pág. 659.

<sup>64</sup>. Manifiesto de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano a los soldados maderistas y a los mexicanos en general, 24 de mayo de 1911, en Miguel A. Sánchez Lamego, Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1976-1977, v. 2, págs. 15-20.

<sup>65</sup>. "Francisco I. Madero es un traidor a la causa de la libertad"; "El rebaño inconsciente se agita bajo el látigo de la verdad"; "No queremos limosnas"; "Manifiesto a todos los trabajadores del mundo"; "El judas Madero"; "La paz"; y "Las infamias de Madero y sus secuaces", en Regeneración, 25 de febrero, 4 de marzo, 1ro. y 3 de abril, 6 de mayo y 3 de junio de 1911, en Ricardo Flores Magón, Semilla libertaria, 2da. ed., México, Liga de Economistas Revolucionarios de la República Mexicana, 1975, págs. 137-163 y 169-173; Ricardo Flores Magón, Artículos políticos, 1911, op. cit., págs. 22-33, 78-79 y 96-102; Armando Bartra, ed., op. cit., págs. 271-289.

<sup>66</sup>. Lowell L. Blaisdell, The Desert Revolution, op. cit., págs. 142-143.

Después de los acontecimientos relatados anteriormente, hubo otros dos supuestos intentos de separar políticamente la península del resto del país, con el consecuente peligro de su futura absorción por los Estados Unidos. El primero de éstos ocurrió en el otoño de 1914, después del rompimiento entre los jefes revolucionarios constitucionalistas Villa y Carranza y la designación por aquéllo a Baltasar Avilés, uno de sus seguidores, como gobernador de Baja California. En diciembre de 1914, las guarniciones militares de Tijuana y Ensenada se levantaron en armas, obligando a que Avilés se refugiara en San Diego. Esteban Cantú, el comandante de la guarnición en Mexicali, fue nombrado como nuevo gobernador, pero, poco después, Avilés, con la ayuda de sus dos ayudantes Gerónimo Sandoval y Francisco Ayón, intentó reclutar una fuerza militar en Estados Unidos para atacar a Mexicali, que se había convertido en la nueva capital del territorio a partir de 1915. En febrero de 1915, estos hombres, junto con Harry Chandler, Charles Guzmán, agente de bienes raíces en Los Angeles y dueño de varias propiedades a lo largo de la frontera entre las dos Californias, Walter Bowker, gerente de la California-Mexico Land and Cattle Company, y Benjamín J. Viljoen, subgerente de esta empresa, fueron arrestados por las autoridades estadounidenses bajo la acusación de haber participado en una conspiración militar para tomar posesión del gobierno de Baja California en violación de las leyes de neutralidad. Chandler, el líder del grupo de estadounidenses, supuestamente participó en el proyecto porque Avilés había prometido ignorar los impuestos que debía al gobierno estatal; éste también prometió proteger las grandes propiedades de la familia Chandler-Otis en el Valle de Mexicali contra las medidas de reforma agraria anunciadas por el gobierno de Carranza. Aunque Chandler y los otros estadounidenses implicados en la conspiración contra el gobierno de Cantú fueron acusados de haber proporcionado dinero a Avilés para montar la contemplada expedición, durante el subsecuente juicio no se pudo probar ninguna conexión entre ellos y Avilés, y como consecuencia, los acusados fueron dejados en libertad.<sup>67</sup>

El segundo caso ocurrió a principios de 1916 y duró hasta mediados de 1920. El nuevo gobernador Cantú, quien había roto su lealtad al gobierno convencionista en México a mediados de 1915, se declaró neutral en la lucha intestina que se desarrollaba en el interior del país. A finales de aquel año, a raíz de la derrota de las fuerzas villistas en Sonora, decidió reconocer la autoridad de Carranza, pero, a pesar de este homenaje oficial, mantuvo una línea de conducta independiente; rehusó, por ejemplo,

---

<sup>67</sup>. Documentos y recortes de prensa relacionados con el proceso judicial contra Avilés y sus supuestos cómplices, 14 de enero de 1915 al 9 de octubre de 1916, en AHGE/RM, L-E-817, hs. 7, 34-36 y 89-90; L-E-859, exp. 1, hs. 14-146; U.S. Department of Justice, General Records of the Department of Justice, Record Group 60, National Archives and Records Service, Washington, D.C. (sección sobre México), cajas 722D, 722F y 722G, exps. 90755-41, 90755-A y 90755-L.

obedecer las órdenes de Obregón, el general en jefe del ejército constitucionalista, a presentarse en México para atender a asuntos oficiales. Tampoco aceptó recibir a los empleados federales enviados a la península por Carranza para ocupar cargos en el gobierno local en los ramos de aduanas, hacienda, comunicaciones, educación, etcétera.

En abril y julio de 1916 corrieron rumores en los periódicos estadounidenses de que se trataba de la inminente separación de Baja California para convertirse en una república independiente.

En enero de 1917, cuando el presidente declaró nulas las actuaciones del Registro Civil, judiciales y contratos entre notarios de la época huertista, Cantú, a raíz del hecho de que él mismo había servido como el comandante federal del territorio bajacaliforniano durante la insurrección constitucionalista, ordenó a los funcionarios y empleados de su dependencia que no tomaran en cuenta esta disposición. A lo largo del año de 1916 hizo varios preparativos militares, por ejemplo, el antiguo soldado federal Othon B. Blanco fue traído del exilio en Filadelfia para tomar cargo de la Marina de Guerra bajacaliforniana. En junio del mismo año, Cantú expidió un decreto que autorizó el comercio público de drogas heroicas, bajo la condición de que se pagaran los derechos de importación, fabricación o venta, cuotas que por cierto fueron muy elevadas. El 7 de enero de 1918, el cónsul mexicano en Los Angeles informó al Secretario de Relaciones Exteriores que Baja California pronto se separaría del resto de la república y sería reconocida como estado independiente por el gobierno estadounidense, y que su gobierno se declarararía en favor de las potencias de la Entente aliada. Por estas fechas, agentes del servicio secreto mexicano en Mexicali y periódicos estadounidenses como el *San Diego Sun* también divulgaron rumores sobre la pretendida separación de la península de México.

La insubordinación de Cantú, que constituyó un peligro para la integridad nacional, aun cuando este peligro haya sido sólo de carácter potencial, duró hasta el triunfo del movimiento revolucionario de Agua Prieta, cuando el gobierno del presidente Adolfo de la Huerta, con el general Alvaro Obregón como Secretario de Guerra y Marina, decidió, debido a que Cantú había negado reconocer al nuevo gobierno, a despachar una expedición bajo las órdenes del general Abelardo L. Rodríguez a sujetar al territorio rebelde por la fuerza. Antes de que las fuerzas federales pudieran entrar a Mexicali, Cantú, al no haber encontrado simpatías para su causa en Estados Unidos, se había retirado de la lucha y de la escena nacional.<sup>68</sup>

Tanto la revuelta magonista de 1911 como la conspiración Chandler-Avilés y el período de gobierno autónomo bajo la

---

<sup>68</sup>. Joseph Richard Werne, "Esteban Cantú y la soberanía mexicana en Baja California", en *Historia Mexicana*, v. 30, núm. 1 (julio-septiembre de 1980), págs. 7-30; David Piñera Ramírez, comp., *op. cit.*, v. 3, págs. 140-142; Pablo L. González, *Historia de Baja California*, *op. cit.*, págs. 529-539.

gubernatura de Esteban Cantú convencieron a los dirigentes nacionales que únicamente a través de la colonización, la apertura de rutas terrestres y aéreas ligando la península con el resto del país, junto con una mayor integración al sistema político y económico nacional, se podría evitar futuros problemas de este tipo.<sup>69</sup>

En 1921 el gobierno de Obregón inició un proyecto de colonización que abarcó el desarrollo de recursos propios al territorio, así como la construcción de un ferrocarril de Magdalena, Sonora, a Ensenada. Para 1930, se habían tendido 40 kilómetros de esta línea; sin embargo, las obras fueron detenidas en 1938 a raíz del estancamiento económico provocado por la Gran Depresión. Sea como fuese, durante la década de 1920, el auge que ocurrió debido a la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas en Estados Unidos y la apertura de gran número de cantinas y restaurantes en los pueblos fronterizos, sobre todo Tijuana, ayudó a fomentar la agricultura, industrias y obras públicas en la región. Abelardo Rodríguez, el gobernador de Baja California durante los años de 1923 a 1929, utilizó una porción de los ingresos del gobierno para comprar terrenos y distribuirlos entre pequeños agricultores, a quienes también proporcionó crédito, así como facilidades para adquirir maquinaria y otras necesidades. En 1933, como presidente de México, concedió a las ciudades de Mexicali, Tijuana y Ensenada los llamados perímetros libres, a través de los cuales se les fue otorgado una franquicia para introducir mercancías extranjeras sin pagar derechos; dicha zona libre, que eventualmente fue extendida a toda la península, ayudó a resolver muchos problemas económicos locales a raíz del impulso que dio al comercio y las industrias del territorio.<sup>70</sup>

No obstante, fue hasta la administración del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) cuando se implementó una política concertada para integrar, a través de estímulos tanto económicos como poblacionales, los territorios existentes en aquel tiempo (los Distritos Norte y Sur de Baja California y Quintana Roo) con el resto de la república. El gobierno nacional expropió y fraccionó el gran latifundio perteneciente a la Colorado River Land Company y dispuso de que la Nacional Financiera comprara todas las acciones de la antigua empresa (que no se cumplió hasta agosto de 1946), estableciendo de esta manera la Compañía Mexicana de Terrenos del Río Colorado, con la responsabilidad de vender sus tierras a colonos mexicanos por cuenta de la nación. Asimismo, a los pequeños pueblos en el valle les fue permitido utilizar algunos de los terrenos para establecer ejidos. Las reformas causaron que la agricultura experimentara un avance notable, como fue el caso con el resto de la economía en general.

---

<sup>69</sup>. Eugene Keith Chamberlin, op. cit., pág. 52.

<sup>70</sup>. Pablo L. Martínez, Historia de Baja California, op. cit., págs. 542-544; David Piñera Ramírez, comp., op. cit., págs. 142-144.

También se mejoró la red de comunicaciones y transporte con el centro del país, al iniciarse, en 1936, la construcción del Ferrocarril Sonora-Baja California, que fue terminado en 1947. Dentro de la región, se amplió la red de carreteras, ligando a Tijuana con San Quintín hacia el sur y con San Luis, Río Colorado, al lado sonoreense de la frontera, y, en 1934, la Compañía Mexicana de Aviación puso en servicio una ruta aérea entre Tijuana y la ciudad de México. Las iniciativas económicas tomadas por el gobierno cardenista, junto con una época de prosperidad que resultó de las demandas impuestas por la Segunda Guerra Mundial en términos de materias primas y mano de obra mexicana para las industrias bélica y agrícola en Estados Unidos, provocó que la población de la región se cuadruplicara de 48,327 personas en 1930 a 226,967 en 1950, factor fundamental que figuró en la decisión del gobierno nacional de elevar el territorio a la categoría de estado a finales de 1951.<sup>71</sup>

Al mismo tiempo, el estrechamiento de lazos entre Baja California y el resto de la república reforzó el sentimiento entre los habitantes locales que tanto ellos como su territorio formaba una parte integral de la nación mexicana. Este sentimiento se manifestó plenamente en diciembre de 1942, cuando ocurrió un momento de tensión en las relaciones entre México y Estados Unidos debido al propósito del general John L. Dewitt, comandante de la Defensa Occidental de Estados Unidos, a instancias de su gobierno, a enviar una división de infantería a la península con objeto de vigilar la costa contra una posible incursión o invasión por parte de las fuerzas del Eje. Mientras que se desplegaban columnas de soldados estadounidenses en San Isidro y a lo largo de la carretera rumbo a San Diego, se formaban en Tijuana grupos de ciudadanos voluntarios integrados por obreros, empleados de comercio, profesionistas, maestros de escuela y empleados de varias dependencias del gobierno, etcétera, todos dispuestos a pelear, como en otros tiempos, contra cualquier invasor de afuera. El peligro de una confrontación entre las fuerzas de los dos países se disipó cuando la mayor parte de la tropa estadounidense destacada en la frontera fue retirada después de la reunión entre los comandantes mexicanos y estadounidenses en el ex-casino de Agua Caliente, durante la cual el general Cárdenas, quien entonces ocupaba el cargo de Jefe de la Región Militar del Pacífico, se negó a acceder a la petición del gobierno de Estados Unidos, aceptando únicamente que los campos aéreos, puestos de radar y técnicos estadounidenses que se establecieran en la costa, estarían bajo la supervisión del ejército y gobierno de México.<sup>72</sup>

<sup>71</sup>. Pablo L. Martínez, Historia de Baja California, op. cit., págs. 544-563, 567 y 569; David Piñera Ramírez, comp., op. cit., v. 3, págs. 220-227; Oscar J. Martínez, op. cit., pág. 50.

<sup>72</sup>. Josefina Rendón Parra, Apuntes históricos de Tijuana, Tijuana, Talleres de Papelería del Noroeste, 1972, págs. 117-119; David Piñera Ramírez, comp., op. cit., v. 3, págs. 229 y 243-244.

En breve, la invasión magonista de 1911 actuó como un parteaguas en la historia de Baja California durante la época nacional, puesto que, antes del inicio de los movimientos revolucionarios en la península, la región permanecía sumamente despoblada y aislada del resto de la república, pero, a partir de 1920, debido a la falta de un control sobre la área manifestada durante la revolución, los gobiernos local y central implementaron una serie de medidas que gradualmente integraron el territorio con el resto del país. El ataque también representa el acontecimiento más significativo en la historia de la zona durante el siglo XX en términos de reforzar el sentido de identidad nacional entre la población local, que ya estaba en proceso de formación desde hace muchas décadas atrás.